



# La desregulación de la relación salarial y el retorno de la condición obrera en Europa

*En los últimos años, un colectivo ha acaparado creciente atención política: los trabajadores pobres. Lo que parece estar detrás de su resurgir es una nueva ola de extensión del mercado de trabajo global. Cuanto más débil sea Europa y menores sus lazos no mercantiles de determinación de las condiciones de vida, mayor será la relación entre el poder y extensión de nuestras élites económicas (insertadas en la economía global) y la extensión de la población circulando en los márgenes de un mercado de trabajo cada vez más desregulado. Sólo la conciencia sobre el hecho de que el mercado de trabajo funciona con la misma «globalidad» que el mercado financiero, puede ir abriendo el camino político para una racionalidad política y colectiva que actúe sobre la visibilización y valorización del trabajo asalariado. Condición previa para al menos una división y un reparto más racional del mismo.*

No es que el fantasma de un nuevo proletariado esté recorriendo ya las oficinas de las instituciones europeas, pero sin duda el lento –e incontenible– crecimiento de empleos con sueldos de subsistencia se ha convertido en otro más de los objetos de análisis e intervención para la Unión Europea. La escandalosa irracionalidad colectiva que suponen los mecanismos de fijación de la remuneración del trabajo –con una creciente dispersión entre salarios bajos y salarios millonarios– parece desnudar los discursos en torno a la Europa del conocimiento y la innovación. Empleos cualificados, procesos de trabajo capaces de incorporar un alto valor añadido, innovación tecnológica, investigación y desarrollo, etc.: no hay duda de que este es el eje central de la estrategia política soñada por las autoridades de la UE; el único camino posible para hacer compatible la mundialización de la oferta de trabajo y el modelo –o los restos del modelo– social europeo. Pero, este esfuerzo de reubicación de la economía europea en las redes del capitalismo global se está llevando a cabo siguiendo las reglas de ajuste que impone el propio mercado. Y el mercado, dice la interpretación liberal de nuestro mundo, provoca algunos de-

Rafael Ibáñez es profesor del departamento de Sociología, Facultad de Ciencias Económicas y Empresariales (UAM)

Mario Ortí es profesor del departamento de Sociología IV (UCM)

sajustes –especialmente desajustes sociales– mientras encuentra el equilibrio. Sin embargo, como la historia parece querer mostrarnos empecinadamente, el mercado no es que provoque desajustes temporales sino que su dinamismo y crecimiento viven del desajuste permanente y estructural.

Las recientes protestas en la «Europa pobre» y la percepción de que se están alcanzando los límites sociales a los recortes en la remuneración global del trabajo, hacen necesarios nuevos mecanismos que prolonguen las condiciones para evitar la lenta huida del capital hacia territorios más rentables. El control y la intervención sobre los márgenes cada vez más amplios y más insostenibles de los mercados de trabajo desregulados, lleva décadas generando nuevas figuras para diluir y segmentar la condición salarial. Junto a jóvenes, mujeres, parados de larga duración, trabajadores temporales, etc., ha aparecido en los últimos años un colectivo convertido en objeto creciente de atención política: los trabajadores de bajos salarios.

---

### La precarización es otro analizador que permite visibilizar las consecuencias de la subordinación de las economías europeas a los flujos del capital privado

---

Los datos, como comentaremos más adelante, no muestran que esté teniendo lugar un brusco cambio de tendencia en la evolución de las retribuciones del trabajo. Este aparentemente nuevo objeto de estudio y objetivo de las políticas públicas, el *trabajador pobre*, es probablemente un resultado más de esta ya onda larga de precarización de los mercados de trabajo que recorre las economías europeas tras la crisis de los años 1970. A medida que crece y se extiende la retórica en torno a la *Europa del conocimiento*, crece y se extiende la realidad de una población que –por sus trayectorias de clase, por su «inadaptación» a los requisitos de empleabilidad– va situándose en el ampliado segmento gris del mercado de trabajo.

Cada país, con ritmos e intensidades distintas, introduce una tensión (que antes regulaba el Estado y ahora cada vez más la pura competencia del mercado) sobre los mecanismos de consumo de la fuerza de trabajo, con el objetivo de tener siempre la mano de obra con mayor productividad y mayor capacidad de creación de valor que su posición geoestratégica permite. Dentro de cada país hay segmentos de población que siguen el ritmo y el grado de exigencia, ya que algunos grupos sociales pueden integrarse en este proceso con más «naturalidad» (haciendo uso de su posición privilegiada de clase). Sin embargo, otros se ven sometidos a esfuerzos y riesgos crecientes dentro de una crisis general de expectativas. La «sobrecualificación» y la máxima «empleabilidad» son las estrategias habituales para aumentar las posibilidades de integración en los segmentos «privilegiados» del mercado de trabajo, pero no todos tienen las mismas posibilidades y muchos trabajadores que-

dan relegados a los cada vez más amplios márgenes informales y precarios del consumo de fuerza de trabajo. Tal vez, como señala Zygmunt Bauman, algunos trabajadores caen ya en la pobreza porque son *trabajadores sobrantes*,<sup>1</sup> porque lejos de ser ya un «ejército de reserva» indispensable para la valorización del capital, son una suerte de segmento de «todo a un euro» de nuestros mercados de trabajo.

Hace muchos años que la precariedad laboral se ha instalado en el centro de los estudios socioeconómicos en torno al trabajo. Y son muchos ya los debates que ha introducido en la discusión sobre sus consecuencias sociales:<sup>2</sup> el resurgir de los análisis sobre sufrimiento, salud mental y precariedad, es decir, el renacimiento de la perspectiva de la sociología clínica de nuevo vinculada a la generalización de los efectos negativos en la salud mental provocados por la degradación de la condición salarial; la emergencia de los discursos xenófobos; los nuevos análisis sobre desclasamiento, o más bien sobre el miedo al desclasamiento, en torno a los jóvenes que ya no van a poder reproducir las condiciones de vida de sus padres; y, finalmente, el debate sobre la instalación en la precariedad, es decir, la transformación de la precariedad en una condición estable.

Obviamente, la precarización de la condición salarial trasciende como proceso a la emergencia del trabajador de bajos salarios. Sin embargo, dentro de los marcos institucionales europeos se trata de un síntoma, de otro analizador más que permite visibilizar las consecuencias de la subordinación de las economías europeas a los flujos del capital privado.

## La negociación del retroceso

En principio, no habría nada nuevo bajo el Sol, el capitalismo siempre ha jugado la misma partida, una partida en la que la reducción del coste global de la fuerza de trabajo es la pieza clave, y la competitividad y segmentación entre los trabajadores la principal jugada. Lo que ha cambiado en las últimas décadas, lo que parece estar detrás de este resurgir del *trabajador pobre* es una nueva ola de extensión del mercado de trabajo global. Considerando el peso de las exportaciones en las economías nacionales, el Fondo Monetario Internacional calcula que entre 1980 y 2005 la oferta de mano de obra mundial se habría cuadruplicado –fundamentalmente por la apertura de la Europa del Este y las economías asiáticas–.<sup>3</sup>

Casi todo este nuevo crecimiento se concentra en la oferta de mano de obra de baja cualificación y ello es lo que permite comprender el debilitamiento del poder político real experi-

---

<sup>1</sup> Z. Bauman, *Trabajo, consumismo y nuevos pobres*, Gedisa, Barcelona, 2000, p. 97.

<sup>2</sup> M. Bresson, *Sociologie de la précarité*, Armand Colin, París, 2010.

<sup>3</sup> Fondo Monetario Internacional, *Perspectivas de la economía mundial. Desbordamientos y ciclos de la economía mundial*, 2007, 179 [disponible en [www.imf.org/external/pubs/ft/weo/2007/01/esl/sums.pdf](http://www.imf.org/external/pubs/ft/weo/2007/01/esl/sums.pdf)]

mentado por los trabajadores asalariados de escasa cualificación en las economías desarrolladas. El síntoma cuantitativo más general pero más evidente de la evolución de este poder lo representa la tendencia decreciente de la participación de la masa salarial en la riqueza nacional. El peso de la masa salarial en el PIB, pese a que ha habido años de relativo crecimiento, ha descendido de forma muy significativa desde el momento de mayor peso político del trabajo asalariado (mediada la década de 1970): los datos de las series históricas mostrarían un descenso que gira en torno al 10% para los países europeos entre 1975 y 2005, siendo incluso superior para Japón, pero bastante inferior –entre 4-5%– para EEUU.<sup>4</sup>

Esta evolución de la oferta de trabajo mundial –resultado social de la reconstrucción de los márgenes de rentabilidad del capital a escala global– ha contribuido a contener los salarios, pero su efecto más profundo ha sido la erosión de la noción misma del trabajo asalariado como una institución reguladora del conjunto de la sociedad y del propio sistema económico. Desde los años setenta, Europa se ha instalado en la era de la «negociación del retroceso» (*back bargaining*), pues una vez puesta en marcha de nuevo la máquina desestabilizadora ya no se ha vuelto a detener. La desestabilización de los estables ha ido resquebrajando el marco regulador del consumo de la fuerza de trabajo,<sup>5</sup> ampliando hasta extremos impensables hace unas décadas las formas de consumo de mano de obra asalariada. Durante estos años se ha ido haciendo cada vez más fluida la línea que separa la “vieja” figura del trabajador estable y protegido (que se hallaría ahora tanto subjetiva como objetivamente amenazado) y todas las formas de trabajo informal o directamente ilegal.

Es precisamente por ello que Robert Castel considera los análisis centrados en las dinámicas de exclusión como un desplazamiento del centro a la periferia, que estarían suponiendo la reducción de la complejidad estructural de la cuestión social al análisis de sus extremos, ocultando el conjunto heterogéneo de procesos que se esconden tras los procesos de exclusión. «Es en el corazón de la condición salarial donde aparecen las fisuras que son responsables de la exclusión»,<sup>6</sup> y en este sentido, se puede decir que la objetivación teórica y política de la categoría del trabajador pobre puede funcionar como un mecanismo más de legitimación política, creando una nueva vía de intervención dentro del conjunto de posiciones que se ubican en los márgenes de la «exclusión». Formaría parte de un conjunto de prácticas orientadas a invisibilizar la descomposición del de por sí débil estatuto de protección de la condición salarial.

---

<sup>4</sup> Las series históricas homogeneizadas a las que se refieren estos datos, elaboradas por los técnicos de la Comisión Europea para las reuniones del Ecofin, se encuentran disponibles en: [ec.europa.eu/economy\\_finance/ameco/](http://ec.europa.eu/economy_finance/ameco/)

<sup>5</sup> Robert Castel ha analizado magistralmente el proceso histórico de largo plazo de las sucesivas transformaciones de la condición salarial en su obra *Las metamorfosis de la cuestión social*, Paidós, Barcelona, 1997. Con respecto a las tendencias predominantes en las décadas de posguerra esta «desestabilización de los estables» estaría dando lugar a la *nueva cuestión social* del siglo XXI, y el crecimiento de los trabajadores pobres sería un efecto, un síntoma más del debilitamiento político del estatuto del trabajador asalariado.

<sup>6</sup> R. Castel, *La montée des incertitudes*, Éditions du Seuil, París, 2009, p. 351

## Valor de mercado y valor político del trabajo

La historia económica muestra cómo en los momentos de estancamiento económico o de recesión, los productos que se ven atrapados en la carrera competitiva tienden a la estandarización para hacer posible la incorporación de la mano de obra no cualificada al mercado de trabajo y reducir así los costes de forma sistemática.<sup>7</sup> En el cambio hacia el siglo XXI simplemente hemos sido testigos de una expansión sin precedentes de esa oferta de trabajo descualificado. La capacidad de cada país (tanto por el lugar que ocupen sus élites económicas en el mercado mundial como por el grado de participación y organización de la ciudadanía laboral) para evitar el crecimiento de actividades económicas centradas en productos y servicios fácilmente estandarizables, será la clave para reducir al máximo la persistencia de trabajadores con sueldos bajos en su interior.

Después de dos décadas exportando el taylorismo y la estandarización, Europa (sus élites, sus Gobiernos y corporaciones) está perdiendo paulatinamente parcelas de poder para acaparar plusvalor y para la concentración de las parcelas del proceso colectivo de trabajo que aporta mayor valor añadido. Y empieza ahora a sufrir las consecuencias del funcionamiento de las reglas de juego que ella misma ha contribuido a crear. Pues su capacidad para crear empleos de “vía alta” está siendo estructuralmente inferior a la capacidad para destruir los empleos más desprotegidos por la competencia internacional de una oferta global de trabajo creciente. Por cada empleo ocupado por trabajadores con alta cualificación que generan las economías europeas se destruyen dos puestos de trabajo ocupados por trabajadores de baja cualificación formal.

Cuando para el discurso empresarial el reparto del trabajo socialmente necesario parece haber quedado reducido a un mal sueño, esta fractura entre la destrucción de empleo «descualificado» y creación de empleo «cualificado» está contribuyendo al lento pero continuo proceso de dualización de la estructura social, algo que se ha acelerado en Europa como resultado de la crisis económica. Los efectos del desempleo y la precarización siguen concentrándose en los grupos con menor poder social y más sometidos a la competitividad del coste del factor trabajo. Pese a los problemas para considerar la fiabilidad de los datos y, sobre todo, la cualificación real de los empleos estadísticamente considerados como cualificados, todos los indicadores coinciden en la progresiva degradación de la posición de aquellos cuyas cualificaciones han sufrido una desvalorización para el mercado.<sup>8</sup>

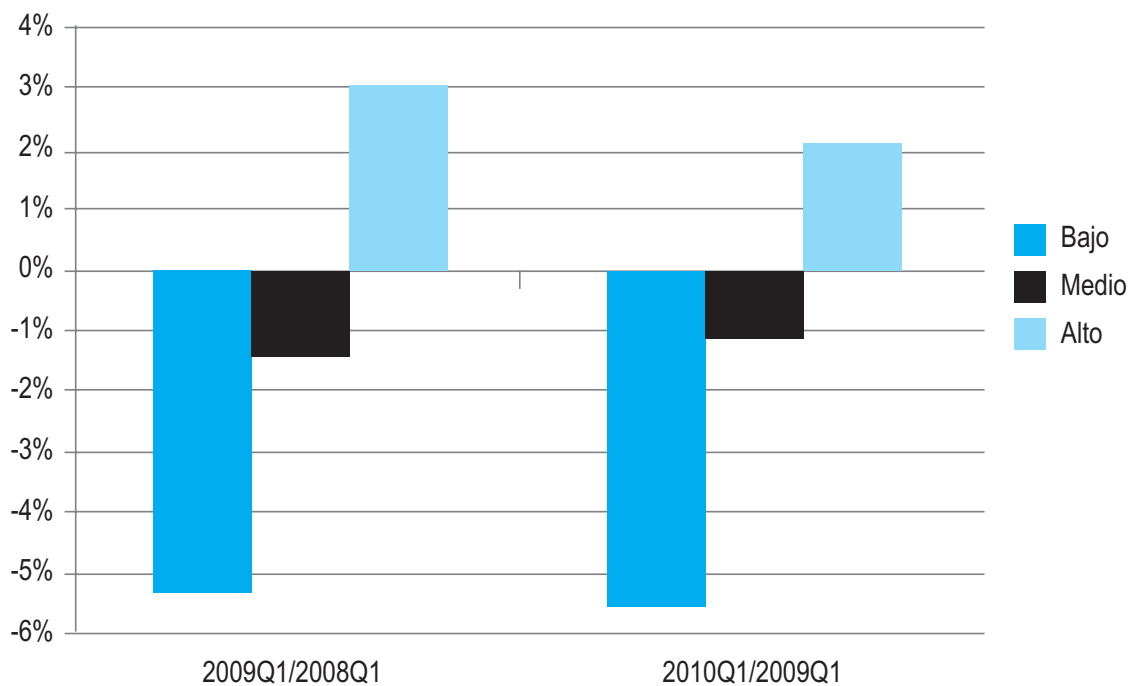
---

<sup>7</sup> J. L. Gombeaud y M. Décaillot hacen un recorrido por el largo plazo de la historia económica para mostrar este carácter cíclico de la carrera competitiva y la degradación de las condiciones de trabajo en *El regreso de la Gran Depresión*, El Viejo Topo, Barcelona, 2000.

<sup>8</sup> Comisión Europea, *Employment in Europe 2009*, Directorate-General for Employment, Social Affairs and Equal Opportunities, octubre, 2009.

Si entendemos los mecanismos de valorización tanto del capital privado como del trabajo como el resultado de múltiples conflictos sociales –o simplemente como el resultado de la *lucha de clases*–, la emergencia de los trabajadores de bajos salarios sería el resultado del debilitamiento del poder político y social de grupos cada vez más amplios de ciudadanos en Europa. En definitiva, el valor de mercado del trabajo recoge el efecto —tautológico— de reducir *el valor político del trabajo* de quienes atraviesan procesos previos de desafiliación comunitaria y sociopolítica.

**Gráfico 1**  
**Variación del volumen total de empleo en la UE 15 según niveles educativos**



Fuente: Eurostat

Para algunos, Marx está destinado a ser el economista del siglo XXI. Como si viéramos renacer las dramáticas consecuencias sociales de la violenta construcción del mercado a lo largo del siglo XIX que magistralmente analizara Marx, las últimas décadas, y especialmente estos últimos años de crisis económica, parecen anunciar cómo Europa va a ir sometiendo a la población trabajadora más desorganizada a las condiciones de la competencia internacional en el mercado de trabajo.

## Salarios bajos y pobreza

No otra cosa parece estar detrás de la persistencia y del crecimiento en los últimos años de los empleos con sueldos que difícilmente permiten escapar de la pobreza. Fue en el año

2005 cuando la UE estableció indicadores comunes para el estudio y la actuación sobre la figura del «trabajador pobre».<sup>9</sup> Los trabajadores pobres son definidos como los individuos con empleo cuya renta disponible en el hogar se sitúa por debajo del 60% del ingreso nacional medio equivalente. En principio, la expansión de los empleos con sueldos bajos debe ser separada de la expansión de la pobreza y de los trabajadores pobres, en la medida en que pobreza se ha referido tradicionalmente al hogar, mientras que un salario bajo es una característica individual. Un trabajador con sueldo bajo puede evitar la pobreza si cuenta con otros ingresos en el hogar; e igualmente un sueldo relativamente elevado es compatible con una situación de pobreza cuando existen muchas personas dependientes en el hogar.

---

**Estos años de crisis económica parecen anunciar cómo  
la población trabajadora más desorganizada será  
sometida a las condiciones de la competencia internacional  
en el mercado de trabajo**

---

Para el año 2006, se estima que había en la Europa de los 25 un 8% de trabajadores pobres, lo que representaba más de 15 millones de trabajadores europeos. Cuando la protección social europea podía ser percibida como una norma capaz de expandirse al conjunto del sistema capitalista, y no como una excepción territorial e histórica, el trabajo asalariado podía representar el mejor antídoto contra la pobreza. Todavía hoy las tasas de pobreza relativa son muy superiores para la población no activa (23%) y la población desempleada (41%). Sin embargo, las series históricas –si bien todavía poco fiables– apuntan ya a un crecimiento lento pero estable del porcentaje de trabajadores pobres.<sup>10</sup>

La traducción de los sueldos bajos en pobreza es muy diversa según cada contexto nacional. Un modelo productivo donde la pobreza se concentra en la economía informal, los trabajadores autónomos y el sector agrario, como ocurre en República Checa y Rumania, hace que la cifra oficial de trabajadores *asalariados* pobres para estos países sea del 4%. Mientras que Grecia, España o Italia tienen un 14, 11 y 10% respectivamente. Los países centrales de Europa tienen tasas intermedias (entre el 5 y el 7% de trabajadores pobres).

---

<sup>9</sup> Puede consultarse por ejemplo en «In-Work Poverty. New commonly agreed indicators at the EU level», *Statistics in Focus*, 5/2005. Muchas investigaciones se llevan a cabo actualmente sobre los trabajadores pobres, en particular se lleva a cabo un seguimiento sistemático de la cuestión a través de la «European Low-Wage Employment Research Network» (LOWER).

<sup>10</sup> Para el conjunto de la UE el porcentaje de trabajadores pobres habría crecido un 1% en los tres años anteriores a la crisis, durante el periodo de creación de empleo. La mayor parte de los estudios sobre el trabajador pobre en la UE que han proliferado en los últimos años son más comparativos y sincrónicos que diacrónicos. El mejor ejemplo de estudio comparativo es el recientemente editado por H. J. Andreb y H. Lohmann, *The Working Poor in Europe. Employment, Poverty and Globalization*, Edward Elgar, Cheltenham, 2008.



Pero, a la hora de cuantificar y sacar conclusiones en torno a las consecuencias sociales y políticas del volumen de trabajadores pobres, conviene distinguir claramente dos tipos de aproximaciones al fenómeno: por un parte, el análisis de las relaciones entre sueldos bajos y pobreza, en función de las tipologías de hogar y la incidencia de las políticas sociales; por otra parte, el análisis de la emergencia de trabajadores cuyos sueldos los situarían en el umbral de pobreza si no contaran con otras redes de filiación y obtención de ingresos.

Desde la primera perspectiva, es significativo, por ejemplo, que en el caso de España de todos los asalariados con un salario hora bajo, más del 80% vive en un hogar no pobre. Sin embargo, este dato simplemente refleja el elevadísimo número de trabajadores con sueldo bajo que no son pobres gracias a la inserción en redes de apoyo de algún tipo, fundamentalmente familiares. Si cruzamos al revés los datos, el resultado es que el 75% de los asalariados pobres no tienen un sueldo bajo, pero la composición del hogar –con varias personas dependientes de un único salario– atrapa al trabajador en la pobreza.

Son, además, muy significativas las diferencias en los factores que inciden en el riesgo de pobreza entre los diferentes países, y por tanto en los perfiles de trabajador pobre. Por ejemplo, en los países del sur la incidencia entre los trabajadores jóvenes es menor simplemente porque el grado de independencia económica también es menor, sin embargo predominan los trabajadores pobres en hogares donde hay hijos dependientes. En los países nórdicos, por el contrario, predomina la figura del trabajador pobre que vive en un hogar con un solo adulto. El porcentaje de adultos solos y sin hijos entre los trabajadores pobres supera el 30% en Dinamarca, Finlandia, Suecia, Noruega y Alemania (llegando al 41% en Dinamarca). Sin embargo, la media de esta figura en el conjunto de la Unión Europea es el 15%, y es todavía un porcentaje muy inferior en los países del sur. Ello se debe simplemente a que el peso de los hogares con un solo adulto es mucho mayor en los países nórdicos, es decir, a las diferencias en las tipologías de hogar. Las distintas estructuras de familia en cada país y los mecanismos de transferencia de rentas del Estado inciden de forma clave en la relación entre sueldos bajos y pobreza.<sup>11</sup>

## Sueldos bajos y modelo socioproductivo

Esta combinación de la dimensión individual que supone el salario con los efectos de las distintas tipologías de hogar, tiende a difuminar ambas dimensiones haciendo muy difícil cual-

---

<sup>11</sup> Un análisis detallado de estos factores para el caso español puede consultarse en el artículo de I. García Espejo y M. Ibáñez Pascual, «Los trabajadores pobres y los bajos salarios en España: un análisis de los factores familiares y laborales asociados a las distintas situaciones de pobreza», *Empiria. Revista de Metodología de Ciencias Sociales*, núm. 14, 2007, pp. 41-67 y en la ponencia de A. Tejero y C. Suárez, «La protección social de los trabajadores pobres en España», ponencia presentada en el I Congreso Anual REPS, 5-7 noviembre de 2009, Universidad de Oviedo.

quier análisis sobre la situación actual. Para mostrar la confusión que dicha combinación genera en los datos estadísticos, Ponthieux<sup>12</sup> propone separar el porcentaje de trabajadores asalariados por debajo del umbral de pobreza en el hogar, del porcentaje de trabajadores que se situarían bajo el umbral de pobreza si vivieran solos, contando exclusivamente con sus ingresos individuales derivados del trabajo. Resulta obvio que son estos últimos porcentajes –que alcanzan el 21 y 20% en Alemania y Reino Unido respectivamente– los que permiten comprender la extensión real de las posiciones más débiles en el mercado de trabajo.

**Tabla 1**  
**Trabajadores asalariados en situación de pobreza en el “hogar” y**  
**de pobreza individual según ingresos laborales.**  
**Porcentaje sobre el total de trabajadores asalariados, 2007**

	Dinamarca	Alemania	España	Francia	Italia	Reino Unido
Por debajo del umbral de pobreza en el hogar	4	7	11	6	10	8
Por debajo del umbral de pobreza según ingresos individuales*	7	21	16	15	11	20

\* Este porcentaje recogería no los trabajadores con un sueldo inferior a los 2/3 del sueldo medio en cada país (definición habitual del trabajo de sueldo bajo), sino con ingresos derivados del trabajo inferiores al 60% de la renta media disponible.

Fuente: S. Ponthieux, *In-work poverty in the EU*, Publications Office of the European Union, Luxemburgo, 2010.

En este sentido, una segunda aproximación al fenómeno nos sitúa en el análisis del volumen de trabajadores pobres derivado de la estructura productiva (el peso de la economía informal, de los “falsos” trabajadores autónomos, de los procesos y sectores productivos de baja cualificación, etc.) y de la regulación del mercado de trabajo. Desde nuestro punto de vista, lo interesante de cara al análisis de la situación actual, es precisamente el movimiento de esos márgenes de las formas de consumo de la fuerza de trabajo con sueldos que obligan a contar con fuentes complementarias de ingresos para evitar la situación de pobreza (con independencia de en cuántas y en qué tipo de situaciones se dé efectivamente la situación de pobreza). El volumen de trabajadores con bajos salarios,<sup>13</sup> vivan o no en un hogar pobre, presenta también muchas diferencias entre los países. Las economías anglosajo-

<sup>12</sup> S. Ponthieux, *In-work poverty in the EU*, Publications Office of the European Union, Luxemburgo, 2010.

<sup>13</sup> Contabilizados en las estadísticas internacionales como los que perciben un salario por hora por debajo de los dos tercios del salario por hora mediano del país.

nas han tenido tradicionalmente un volumen de bajos salarios cercano al 20%, pero la media de la UE se situaba ya en 2006 en el 17,2%, siendo una vez más los países nórdicos los que se sitúan en los porcentajes más bajos (Finlandia con un 6% es el país mejor posicionado). Según los datos de la OCDE entre 1998 y 2008 el porcentaje de trabajadores con sueldos bajos ha crecido muy significativamente en Alemania, pasando del 16 al 21,5%, lo que puede ser considerado un síntoma de los ajustes en el principal motor de la economía europea.<sup>14</sup>

**Tabla 2**  
**Porcentaje de trabajadores con sueldos inferiores a 2/3 del sueldo medio estatal**  
**(según sexo y según tipo de contrato)\***

	Hombres	Mujeres	Contrato indefinido	Contrato temporal
EU-27	13,5	23,1	15,6	30,5
Dinamarca	4,7	11,6	6,9	8,7
Alemania	15,9	28,0	15,4	44,0
España	11,2	22,6	12,4	25,6
Francia	7,7	10,6	7,9	19,7
Italia	11,5	16,2	12,3	28,3
Reino Unido	15,6	30,6	21,2	42,6

Los datos recogen información de empresas de 10 empleados o más

Fuente: EUROSTAT, *Statistics in focus*, 3/2010

Además de la influencia conocida del género y la tipología del contrato, los datos de Eurostat reflejan también este peso significativamente elevado de los trabajadores con sueldos bajos en Alemania, resultado sin duda de la unificación pero también del progresivo descuelgue de la negociación colectiva que las pequeñas y medianas empresas han podido ir haciendo en los últimos años.<sup>15</sup> Los dos modelos dominantes, bien el modelo liberal británico o bien el modelo segmentador alemán, construyen en ambos casos formas de dualización en el mercado de trabajo cuyo mejor reflejo es la remuneración de los trabajadores temporales.

<sup>14</sup> Además, según estos mismos datos, en prácticamente todos los países desarrollados de los que se tiene información ha tenido lugar durante la década 1998-2008 un aumento significativo de la desigualdad en la distribución de los ingresos salariales. Todos los datos se pueden consultar en el último informe sobre el empleo elaborado por la OCDE, *Employment Outlook 2010. Moving beyond the jobs crisis* [disponible en [www.oecd.org/employment/outlook](http://www.oecd.org/employment/outlook)].

<sup>15</sup> J. Gautié y J. Schmitt (eds.), *Low-wage work in the wealthy world*, Nueva York, Russell Sage Foundation, 2010, pp. 43 y ss.

Pero, por debajo de las diferencias nacionales que muestran las estadísticas, lo relevante es la existencia de una tendencia común que refleja la incapacidad para contener la expansión de los trabajadores de sueldos bajos. Pues, como señalábamos al comienzo del texto, son demasiados los indicadores que describen un movimiento global de recomposición de la oferta de trabajo, un movimiento que presiona para reducir la remuneración del trabajo asalariado y su peso en la distribución funcional de la renta. Incluso, si dejamos al margen ese amplio espacio de precariedad que conforma la economía informal y el trabajo autónomo,<sup>16</sup> los datos que recopila el Instituto Nacional de Estadística a través de las Fuentes Tributarias, reflejan una evolución desoladora de la creación de empleo en la economía española. En los siete años de la serie 2002-2008 los asalariados que perciben un sueldo anual inferior a 1,5 veces el Salario Mínimo Interprofesional (que en 2008 era de 8.400 euros anuales) crecieron en cerca de 1.350.000 personas (un 46,5% del total de los nuevos “salarios”). Frente a ello, en los sueldos intermedios entre 1,5 y 2,5 veces el SMI, el número de asalariados creció en 1.050.000; y el aumento de los asalariados con sueldos superiores no llegó al medio millón.<sup>17</sup>

---

Trabajar más personas durante más horas para aumentar nuestra  
intensidad laboral y conseguir así huir de la pobreza  
¿es este el futuro de las clases bajas en Europa?

---

## El futuro del trabajador pobre en Europa

Por tanto, la confusión entre los diferentes tipos de análisis tiende a hacer poco operativa la categoría del «trabajador pobre», salvo que separemos por completo el sueldo bajo y la situación en el hogar. Aunque los perceptores de un sueldo bajo sean analíticamente categorías diferentes según residan en un hogar pobre o no (y reciban diferente atención política), lo relevante es que los trabajadores con sueldo bajo son idénticos por sus efectos sobre la estructura social. Si examinamos los perfiles del trabajador con sueldo bajo que no es pobre –según las categorías estadísticas–, habría dos conjuntos de motivos por los que podría escapar de la situación de pobreza. Un primer caso, es el del trabajador de sueldo

---

<sup>16</sup> I. García Espejo y M. Ibáñez Pascual *op. cit.*, 2007 señalan en su análisis empírico que el porcentaje de trabajadores autónomos pobres en España es mucho más alto que el de trabajadores asalariados pobres, si bien renuncian a analizarlo por la escasa fiabilidad de los datos.

<sup>17</sup> Según los datos elaborados por R. Muñoz del Bustillo y J. I. Antón («El trabajo de bajos salarios en una economía de alto crecimiento del empleo: España, 1994-2004», *Investigación Económica*, LXVII/261, 2007, pp. 119-145), durante los años en los que la economía española pasó de los 12 a los 19 millones de ocupados el coste laboral unitario llegó incluso a descender. Es decir, en la época de crecimiento económico en España, los salarios reales se han mantenido prácticamente estancados.

bajo que no es pobre por residir en una unidad familiar con varios trabajadores o por recibir algún tipo de apoyo de la unidad familiar. Para recoger esta realidad se suele utilizar un eufemismo en las instituciones europeas y en los estudios estadísticos, recogiendo el tiempo de vida entregado al trabajo por todos los miembros de la unidad familiar a través de un indicador de «intensidad laboral». Un hogar con una elevada «intensidad laboral» puede evitar que sus miembros entren en una situación de pobreza pese a que los sueldos sean bajos. Hijos, mujeres y –con menor frecuencia– hombres, son «dependientes» económicamente de la unidad familiar. Trabajar más personas durante más horas para aumentar nuestra intensidad laboral y conseguir así huir de la pobreza ¿es este el futuro de las clases bajas en Europa?

La otra trayectoria por la que un sueldo bajo evita la pobreza es la redistribución estatal de la renta. Pero desde los años setenta del siglo XX sabemos que esta capacidad redistributiva del Estado ha sido erosionada a medio plazo, pues la capacidad financiera del Estado se alimenta de los sueldos elevados y crecientes, por lo que un marco social e institucional de distribución del plusvalor que estabiliza o comprime la masa salarial es incompatible con un Estado fuertemente redistributivo. Especialmente, si al mismo tiempo, la carga impositiva efectiva tiende a reducirse, ya sea de forma directa, o bien por la multiplicación de formas de valorización del capital capaces de escapar a la fiscalización. Y, en cualquier caso, lo que normalmente ningún análisis cuantitativo es capaz de considerar, son las formas concretas en las que el debilitamiento de la protección social está afectando a los trabajadores, aunque el volumen total de gasto social no descienda. Es decir, la creciente privatización de algunos servicios públicos, la pérdida de calidad de otros, el coste creciente de otros (por ejemplo, la educación), etc., inciden de maneras muy diferentes en la calidad de vida. Por ello, el efecto de las formas de valorización del trabajo debe ser analizado también al margen de sus relaciones con la política social que actúa a posteriori. Es decir, al margen de aquellas políticas que no actúan sobre los mecanismos y procesos –sociales y normativos– que fijan el *precio* del trabajo, sino que lo hacen paliando las consecuencias de dichos mecanismos.

Los estudios y el interés de las instituciones europeas en torno al trabajador pobre se orientan también a analizar y comprender la incidencia del marco regulador del mercado de trabajo sobre el mayor o menor volumen de trabajadores pobres. Sin embargo, en este mismo sentido, no parece que puedan establecerse relaciones de causalidad entre las diferentes acciones normativas (la fijación de salarios mínimos, la estructura de la negociación colectiva, la formación y los programas de movilidad, etc.) y el volumen de trabajadores pobres. En definitiva, la diversidad de políticas sociales y de regulaciones laborales no parece suficiente para explicar las diferencias en el peso de la figura del trabajador pobre entre los países europeos. Todo parece responder más a las condiciones estructurales difícilmente cuantificables y determinadas por el tipo de actividades económicas predominan-

tes, la posición geoestratégica del país, el modo en que funciona la demanda de trabajo (el poder social de los empleadores y los trabajadores), etc.

En este sentido, como algunos estudios empíricos subrayan, lo determinante para comprender el peso de la figura del trabajador pobre no está ni en las políticas de bienestar, ni en la fijación del sueldo mínimo, ni en la regulación del mercado laboral;<sup>18</sup> si nada de eso es lo relevante, es precisamente porque el papel y el peso de los trabajadores pobres depende de la conformación histórica y estructural del modelo productivo –la división social del trabajo–, de la historia nacional de resistencias del movimiento obrero y del peso que los procesos de estandarización de la producción y el trabajo descualificado tengan en el sistema económico. En definitiva, al margen de la regulación formal del mercado de trabajo y la composición demográfica de los hogares, el proceso estructural que determina a medio plazo la evolución de la figura del «trabajador pobre» es la lucha de poder que fija la remuneración del trabajo y la mayor o menor dispersión salarial –incentivando determinadas estrategias de inversión y formas de la división social del trabajo–. En esa lucha, la fuerza del capital está permitiendo el crecimiento de multitud de sectores y actividades cuya rentabilidad y capacidad de creación de empleo se asienta en la competitividad a través de los bajos salarios. Desde la hostelería y el sector turístico hasta la industria de la alimentación, los servicios personales, los *call center*, etc.,<sup>19</sup> la década de los noventa y los comienzos del siglo XXI han sido testigos del crecimiento del empleo a través de la creación de puestos de trabajo con salarios de subsistencia.<sup>20</sup>

El mercado «global» de trabajo, como cualquier mercado real, lejos de facilitar la competencia perfecta y el beneficio mutuo inmediato –de un mítico mercado sin sociedad y sin poder–, reproduce a su manera la estructura de un oligopolio. La concentración del poder y del control, como poder de clase, extenderá las migajas entre un volumen creciente de trabajadores pobres tal y como ha hecho históricamente. La diferencia respecto al pasado, en

---

<sup>18</sup> Dada la cantidad de variables que deben ser consideradas, la ausencia de datos homogéneos, las profundas diferencias entre países y la dificultad para cuantificar determinadas situaciones, el resultado es que la evidencia empírica para explicar el volumen de trabajadores pobres en cada país no es concluyente. Así lo consideran R. Gutiérrez Palacios, A. M. Guillén Rodríguez y R. Peña-Casas, «Earnings inequality and in-work poverty», *Working Papers on the Reconciliation of Work and Welfare in Europe*, REC-WP 07/2009.

<sup>19</sup> Si volvemos a mirar el caso español, comprobamos que no resultan extraños los convenios colectivos de ámbito estatal e incluso regional que fijan salarios base para los empleos poco cualificados entre los 600 y los 800 euros. Así el Convenio Estatal de Peluquerías, Institutos de Belleza y Gimnasios fija los sueldos en torno a los 600 euros para las categorías de entrada; incluso un codificador informático o grabador tiene un sueldo fijado en el convenio estatal para 2009 en 687 euros más un plus mensual de 48 euros. Para la región de Madrid, con un coste de la vida relativamente alto, se fijan sueldos ligeramente por encima de los 700 euros para vigilantes, ordenanzas, conserjes o limpiadores en el convenio de Oficinas y Despachos; y sueldos en torno a los 800 euros para las categorías de escasa y media cualificación en el convenio del sector de hostelería y actividades turísticas. Son tan sólo unos pocos ejemplos, pero la negociación colectiva en España es fiel reflejo de la abundancia de empleos que escasamente superan el Salario Mínimo Interprofesional.

<sup>20</sup> Un análisis reciente y sistemático del crecimiento de los bajos salarios en las economías desarrolladas, con un análisis comparativo entre países dentro de los sectores más significativos (servicios personales, hostelería, etc.) se puede consultar en Jérôme Gautié y John Schmitt, *op. cit.*, 2010.

el que este trabajador quedaba fuera de las economías del centro, es que parece haber llegado la hora para que Europa comience a sentir los efectos de su pérdida de poder económico a escala global. Si Europa huye hacia delante radicalizando los rasgos hipercompetitivos de su modelo, en paralelo, el propio sistema-mundo capitalista pierde capacidad para hacer de la regulación uno de los instrumentos de su propia reproducción. Cuanto más débil sea Europa, y cuanto menores sean los lazos no mercantiles de determinación de las condiciones de vida, mayor será la relación entre el poder y extensión de nuestras élites económicas (insertadas en la economía global) y la extensión de la población circulando en los márgenes de un mercado de trabajo cada vez más desregulado.

## Los límites sociopolíticos de la desregulación del trabajo

En el conjunto de la UE, las actuaciones políticas directas para la regulación del mercado de trabajo han estado –como el conjunto de la política social– en constante retroceso en los últimos años. El volumen de gasto en la gestión global de la fuerza de trabajo se ha reducido prácticamente en un 25% en los cinco años previos a la crisis económica. Como muestran las últimas medidas en los países más afectados por la crisis, la libertad –o flexibilidad– para la gestión empresarial del consumo de la fuerza de trabajo se trata de imponer como condición necesaria, no ya para la recuperación de la rentabilidad, sino para los intentos de fijar las expectativas que mueven las inversiones de capital. Por lo que, de momento, esta progresiva retirada del Estado en la gestión directa del mercado de trabajo parece destinada a profundizarse en los próximos años.

**Tabla 3**  
**Gasto público en Políticas del Mercado de trabajo (PMT) en la UE15**  
**Porcentaje del PIB, total y según el tipo de acción**

	2004	2005	2006	2007	2008
Total PMT	2.246 <sup>s</sup>	2.076 <sup>s</sup>	1.897 <sup>b</sup>	1.667 <sup>s</sup>	1.688 <sup>s</sup>
Total PMT Servicios	0.221 <sup>s</sup>	0.230 <sup>s</sup>	0.205 <sup>s</sup>	0.198 <sup>s</sup>	0.199 <sup>s</sup>
Total PMT Medidas	0.606 <sup>s</sup>	0.524 <sup>s</sup>	0.516 <sup>b</sup>	0.470 <sup>s</sup>	0.472 <sup>s</sup>
Total PMT Rentas	1.419 <sup>e</sup>	1.322 <sup>e</sup>	1.176 <sup>e</sup>	0.999 <sup>e</sup>	1.016 <sup>e</sup>

Fuente: EUROSTAT

s=estimación de Eurostat; b=ruptura en las series; e=valor estimado; p=valor provisional

PMT Servicios: servicios de colocación y ayuda a la búsqueda de empleo.

PMT Medidas: medidas activas para la población desocupada (formación, incentivos para la empleo, ayudas a emprendedores, etc.)

PMT Rentas: asistencia financiera para desempleados, prejubilaciones, etc.

Ahora bien, la ausencia de intervención pública no implica que la posibilidad de reducir los sectores que reproducen los salarios bajos esté determinada únicamente por el comportamiento aleatorio de la competitividad internacional y los reajustes del mercado. Es también un efecto del grado de control no mercantil (que además del propio Estado, ejercen los sindicatos y el poder empresarial y el conjunto de la sociedad organizada) sobre las decisiones de inversión y las estrategias económicas que trascienden la búsqueda de rentabilidad a corto plazo. Pese a la abundancia –ofensiva– que es capaz de generar nuestro aparato productivo, el mercado capitalista sólo puede vivir, por un lado, de una ampliación permanente de sus fronteras que incluye también la extensión del trabajo asalariado y, por otro, del incremento de intensidad general de sus procesos de valorización para reproducir una masa de capital en continuo crecimiento. Los problemas que sin duda atravesarán los trabajadores asalariados europeos a medio plazo –y de los que los sueldos bajos y el «trabajador pobre» son un síntoma evidente– responden a ese crecimiento de la oferta de mano de obra incorporada a los circuitos más descarnados de valorización del capital. Una condición necesaria pero insuficiente para la reproducción ampliada de éste que, de momento, se convierte en el sacrificio con el que calmar una infinitésima parte de su propia crisis de rentabilidad.

---

**Si Europa huye hacia delante radicalizando los rasgos hipercompetitivos, el propio sistema-mundo capitalista pierde capacidad para hacer de la regulación uno de los instrumentos de su propia reproducción**

---

Sin embargo, esta degradación de la condición salarial en Europa ha comenzado a desencadenar una nueva ola de protestas sociales. Si el efecto disciplinario de cualquier crisis económica es volver a poner a cada uno en su lugar, la actual crisis está resituando a las economías europeas más débiles, pero simultáneamente está provocando una reacción social y quizá también una recuperación de experiencias de unidad que la segmentación de los mercados de trabajo parecía haber desterrado a la historia. Sin duda alguna, los discursos que sean capaces de dotar de potencialidad política progresiva al conflicto abierto por las medidas de recorte y de liberalización que los Gobiernos de Irlanda, España, Portugal o Grecia han ido tomando, están todavía por construir. Sólo la conciencia sobre el hecho de que el mercado de trabajo funciona con la misma «globalidad» que el mercado financiero, puede ir abriendo el camino político para una racionalidad política y colectiva que actúe sobre la visibilización y valorización del trabajo asalariado. Condición previa para al menos una división y un reparto más racional del mismo.

Frente a otros subproductos políticos más reactivos de la actual encrucijada histórica, pueden servirnos como recordatorio de que esta racionalidad sigue potencialmente viva el



mensaje de «Despierta Europa» colgado por los trabajadores griegos en lucha sobre los muros de la Acrópolis, o los simbólicos escudos con forma de libro representando las obras clásicas de la cultura europea con que los estudiantes italianos han encabezado sus manifestaciones.